

DIARIO DE LA MARINA

MARTES 28 DE AGOSTO DE 1900.

LA REALIDAD SE IMPONE

Las cosas van más de prisa de lo que nunca pudimos imaginar. Tras la carta sensacional del señor Varona, que ha tenido eco profundo en todas las clases sociales, vienen las declaraciones del señor González Lanuza, que ayer publicamos y que han sido y son todavía, objeto de los más vivos comentarios entre la gente política. La parte intelectual de la revolución, los separatistas que tienen luces bastantes para no engañarse y honradez suficiente para no engañar á los demás, retroceden ante la responsabilidad inmensa de arrastrar conscientemente á su país al más irremediable y completo de los fracasos, y se deciden á señalar el abismo que se abre al término del camino que desde hace año y medio recorre la mayoría de los revolucionarios cubanos.

Desde la serena independencia de su hogar, libre de trabas oficiales que pudieran servir de pretexto á la malicia para suponer interesadas sus aseveraciones, declara con gran entereza el señor Lanuza que la ocupación americana es un hecho consumado contra el cual sería locura revolverse; que la historia no nos presenta ejemplos de intervenciones platónicas y desinteresadas; que sin el auxilio de los Estados Unidos no podría esta Isla, necesitada de brazos y capitales, salir de su estado actual de ruina y desorganización, y en cambio, quedaría expuesta á correr la triste suerte de las repúblicas hispano-americanas; y por último, que la intervención debe ser para Cuba, en lo interior como en lo exterior, una garantía de orden, de prosperidad y de cultura, y que por consiguiente, debemos procurar que se mantenga dentro de dichos límites, sin rebasarlos ni en

uno ni en otro sentido, para lo cual convendría transformarla en un gobierno civil, en el que hubiese tan sólo un superior gobernante americano.

Algo muy parecido, si no idéntico, hemos estado nosotros diciendo desde hace un año; y séanos permitido este recuerdo, no por vana jactancia, sino para que se vea, de manera incontrastable y evidente, cómo al lamentarnos una y otra vez de que nadie se curase de la realidad y de que viviésemos de convencionalismos y de ilusiones; cuando decíamos que los Estados Unidos eran un indispensable factor en el porvenir de Cuba, y que naufragaríamos en el punto y hora en que se cortase el cable que nos une á la gran república vecina, y que si la ocupación americana tiene grandes inconvenientes que hay que soslayar, tiene asimismo grandes ventajas, de las que no debemos prescindir; cuando todo esto proclamábamos, sufriendo por ello improperios y denuestos, no nos expresábamos de tal suerte por pueril animadversión hacia los revolucionarios, sino movidos de los mismos sentimientos de interés y afecto hacia Cuba que han impulsado á los señores Varona y Lanuza á romper su mutismo, advirtiendo á su país de los peligros que le acechan si se obstina en desconocer la realidad de su situación política.

Estamos, por tanto, en pleno período de saludables rectificaciones, que habrán de repercutir en toda la Isla, determinando una nueva orientación en la política que hasta hoy ha prevalecido. Bien se nos alcanza que tales declaraciones, cayendo como ducha helada, sobre los entusiasmos y sobre las cándidas ilusiones de muchos, han de causar indignación en unos, amargura y desaliento en otros; pero menos mal si de tal manera se restablece al fin el equilibrio político y se aquietan las pasiones y se abre paso en todos los ánimos al convencimiento de que hay que transigir con la realidad, sin que para ello sea necesario desencadenar sobre la Isla nuevos trastornos y nuevas calamidades; que las lecciones que

se obtienen al precio de la ruina de un país y del exterminio de un pueblo generoso y noble, siempre son terriblemente costosas, y ningún timbre de gloria podrá ser tan precioso para un hombre público como el de haberse opuesto á los delirios de las muchedumbres, apartando así de su patria el caliz amargo de inútiles y estériles sacrificios en el ara sangrienta de la Quimera.

Destino triste, destino realmente singular y doloroso el del pueblo de Cuba, condenado á sufrir tales alternativas y á irse adaptando á las más diversas y opuestas situaciones. No quería la insurrección contra España, según han reconocido los propios separatistas, y al fin se la impusieron los que conspiraban en el extranjero, en connivencia con los muy contados que dentro de la Isla auxiliaron desde un principio á la revolución. Prendió al cabo el incendio separatista, deslumbró al fin al campesino incauto

la épica narración de hazañosas empresas, ardió en sus venas la sangre que de sus padres los españoles heredaron, produjeron el apetecido efecto los mágicos gritos de independencia y libertad, cautivó su voluntad y su alma la para él seductora invocación á Cuba libre; y cuando después de tres años de mortal pelea, de angustias indecibles y de trágicos sufrimientos, cuando después de diez y ocho meses de apoteosis, de cantos de triunfo y de himnos á la victoria de la independencia cubana, cree llegado el momento de ver realizado su ideal y consagradas sus más hermosas esperanzas, se descorre de súbito ante sus ojos atónitos el velo que le ocultaba la realidad, y se le dice que todas aquellas deslumbradoras perspectivas eran un mero efecto escénico, un recurso de la despiadada tramoya política, y que hay que olvidarlas sin tardanza, para que todos podamos adaptarnos al nuevo medio social y político en que los acontecimientos nos han colocado.

Comprendemos, sí, que las declaraciones de los señores Varona y Lanuza causen, por el momento, cierto malestar entre los revolucionarios de buena fe, en quienes había fuertemente arraigado el ideal de independencia, merced á las predicaciones á que durante muchos años se dedicaron los apóstoles del separatismo. Pero este que señalamos es un mal conveniente y necesario, porque pasando por esa crisis de amargura y decepción, que habrá de restablecer, según antes decíamos, el equilibrio político y que habrá de cerrar para siempre la era de las agitaciones y de los temores de revueltas, es como llegaremos de una vez al término de la situación política que aún padecemos, cuya inestabilidad y falta de toda base y garantía, si á prolongarse llegaran, ocasionarían irremediabilmente la completa ruina de Cuba.

DM, ay 28/1900

